

CARLOS CHARLÍN OJEDA / TODOS EN UNIDAD DE ACCIÓN

**Carlos  
Charlín  
Ojeda**

# TODOS EN UNIDAD DE ACCIÓN

**Ensayo  
Político**

Septiembre de 1961  
Santiago de Chile

Domicilio particular del autor:  
Av. Lyon N° 2176. Fono 495781.

*carlos  
charlín  
ojeda*

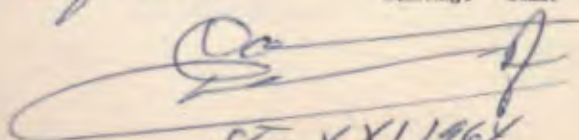
**TODOS  
EN UNIDAD  
DE ACCION**

**ensayo  
político**

**SANTIAGO DE CHILE  
SEPTIEMBRE 1964**

A Excmo. Sr. J. J. G. y,  
amigo que no altera  
la actitud al momento  
y que siempre mantiene  
el calor vital indispen-  
sable para que todos  
le admiren y se  
reconozcan su calidad  
de maestro de todas  
las generaciones de 1932  
a la fecha

Impreso en los Talleres  
de Arancibia Hnos.  
Santiago - Chile

  
Stgo. X. XI. 1964

## 1.-Fe en la unidad de la vida e inmortalidad del espíritu

No podría exigirse, de inmediato, el optimismo colectivo, sin previa preparación que permita hacer comprensión de vida en el cuerpo social. En este punto, la fe debe converger con la instrucción. Y la instrucción necesita mística y creencia en un más allá, que no ponga desolación frente a la muerte sino, más bien, sea recibida con júbilo, mediante la certeza de inmortalidad. A este respecto, se precisa aclarar —en forma inteligente— las doctrinas de las diferentes religiones, haciéndolas actuar en confluencia con un solo fundamento: la unidad de la vida y la inmortalidad del espíritu.

Si el hombre, como partícula de la colectividad, anula su fe, por la ruina, la miseria y la pequeñez de sí mismo, perturba de hecho el movimiento rítmico de ascenso.

En cambio, la partícula de la colectividad, actuando como individuo, llegaría a poner el ojo en el oído y el oído en el corazón: adquiriría su fe. Esta expresión haría comprender a los dirigentes que el hombre debe colocar su retina, saludable y armoniosa, en una existencia serena y grata, para poder, de ese modo, fiar en su propia intuición, escuchándose a sí mismo, con fe en su destino y confianza en su acción. Así el hombre, ahora como colectividad, encontrará el corazón del grupo, la voz de Dios, en su propia heredad: libre, natural y espontáneamente.

Oriente y Occidente siguen realizando, en la elíptica, el círculo de vida. Cada época representa el rumbo que corresponde a un programa de acción.

En este instante crucial nace, para la vida, el verdadero espíritu de la ciencia, con brújula propia, poniendo acento en el nuevo concepto que enlaza el conocimiento de la tierra a la conciencia abierta de los planos espirituales. Nuevos ojos, nuevos oídos, nuevo corazón, advienen en los pueblos, doctrinas y creencias. Motores y energías arrancadas a la tierra llegarán a convertirse en nuevos métodos de creación.

El hombre, un creador.

Nada, ni nadie, podría detener la labor que nace.

## 2.-Instrucción para el hombre nuevo.

La instrucción entraña la más alta responsabilidad del dirigente y estamos en la hora en que debe producirse una seria divergencia, entre el pasado y el futuro de esta acción.

El hombre actual necesita de todo su esfuerzo y de todas las energías para entregar su vida a la Vida. Deben caducar las historias guerreras, para dar campo abierto a la ciencia, que habrá de tornarse en las actividades conscientes de la paz, dentro del hombre y fuera del hombre.

La economía cerebral habrá de ser cuidadosamente racionada, para que

produzca el grano de oro, en la siembra del futuro. El nuevo cultivo, al delimitar sus funciones, conforme a la tradición y la leyenda, cambiará la faz del movimiento de la cultura, dejando de lado la actividad bibliófila, para robustecer un arte, naciente dentro de la comprensión.

El cerebro del niño deberá liberarse de la cruel esclavitud en que lo ha colocado la tiranía de los educadores e instructores. El niño, repetidor de hechos caducos, se tornará en creador de nuevos aspectos que favorezcan el espíritu precioso de la libertad, dentro del campo de la inteligencia.

La instrucción, a base de obligación, cesará para convertirse en el júbilo del descubridor que, por placer, levanta el velo de la naturaleza, cultivando las más variadas formas de vida, amenazadas de ser anquilosadas por el desgaste doloroso de los adolescentes.

La instrucción precisará un caudal de

voluntades, que encauce los modos del nuevo ciclo y estas voluntades, deberán ser integradas por aquéllos que, en la noche de los tiempos, han podido inclinarse fervorosamente frente a la redención.

Las profesiones deben ser restringidas por selección y los oficios deben prestigiarse en el sentido puro del trabajo honesto. De este modo, los profesionales llegarán a ser verdaderos sacerdotes de su acción y el oficio ascenderá a la real calidad de capital humano, y el pueblo ensanchará sus posibilidades, haciendo del propio trabajo, el fundamento de la unidad colectiva. El ejemplo de un pueblo unirá, intercontinentalmente, a los otros y se podrá realizar así la unidad universal, donde profesionales y técnicos sean sacerdotes entre sus hermanos. Y cada hombre, un rey. Porque dentro de su comarca no habrá de faltar la ración justa para mantener los pilares de la familia.

Y la economía política es la ciencia más alta para proporcionar a los grupos dirigentes, el criterio justo y la apreciación cabal, para resolver los problemas que, en su base, pudieran provocar el derrumbe del Estado: la salud y el alimento, el abrigo y la educación.

Entre las necesidades más importantes de los pueblos está la música, para corregir o pulimentar el sentido emocional de las colectividades. Un pueblo, cuya tendencia musical se haga madura es, seguramente, elegido para grandes decisiones dentro del rumbo espiritual.

El plano emocional y pasional tiene, en la música, un sedativo que, muy lentamente, pero con toda certeza, irá transformando el sentido oscuro de la tierra, en el sonrosado de un amanecer de posibilidades. Sólo la música puede conectar a los pueblos con las fuerzas superiores del espíritu. Es por eso que las colectividades requieren una sabia directiva en la música callejera y en las

transmisiones de las radioemisoras importantes de las ciudades.

Hay músicas que debilitan y afeminan a los hombres, realizando a la vez, una lascitud enfermiza en las mujeres. Y hay melodías que, pegadas al oído, se enredan a la colectividad, valorizando cierto sentido penumbroso de la patria real o ficticia. El pueblo exige, pues, a la directiva social, moral y espiritual, un programa de música que corresponda, por su vibración elevada, alegre y profunda, al proceso importantísimo de ayudarle a ascender en los peldaños de la cultura. La armonía, en la música, ha de ser el fondo azul de potencia de los pueblos, en acción de paz y trabajo.

El cine, la radio y la televisión vendrán en ayuda de los hombres que quieran utilizar las ondas del aire, para mover las aguas y fecundar las tierras.

Esta es una obra que, en sus primeros aspectos, aparecerá como un camino tortuoso y difícil, pero que, en seguida lle-

gará a ser la verdadera clave de esta época de anunciación.

Las juventudes desencadenadas verán, entonces, en toda su belleza, las alas de la libertad. Y, en tal clima, sentirán lo que jamás antes sintieran: la admiración profunda por los fenómenos y realizaciones de la vida natural.

Así se creará el hombre nuevo con el más fuerte de los optimismos: la potencia de la fe, la belleza de la libertad y el optimismo de la verdad.

### **3.—Respeto a la ley y disciplina en el hombre nuevo.**

Parte importantísima de esta gestación de porvenir, en el alma de los pueblos, es la ley: imagen y contraparte de la voluntad divina. Su acción nivelada en el cerebro de los legisladores, es motivo fundamental de respeto y adhesión para las colectividades. Se dijera que es, en verdad, el camino único de perfección para la vida. Pasar por sobre los límites, en que encuadran las leyes al individuo, es desorientar la marcha e impedir que el hombre se haga consciente de la jerarquía, en la acción de la justicia. En este punto, en que la ley se determina rigidamente para mantener la disciplina,



podemos observar la profundidad de la sabiduría divina que establece, en las jerarquías sociales, un nivel de principio unitario.

Puesto que la ley es el primer vigilante del templo de la vida, su fuerza no debe ser nunca evitada o deformada por conceptos libertarios, que nada tienen que ver con el supremo propósito de entregar al hombre, ciclo tras ciclo, el verdadero ritmo de ascenso, desde la esclavitud a la más amplia libertad.

Consciente o inconscientemente, las partículas de un pueblo han de ser obligadas al respeto de la suprema voluntad que representa el designio de un peldaño a otro peldaño. Si la conciencia, exaltada por conocimientos de funciones sutiles, llegara a evitar esta túnica que pertenece a la Humanidad, realizando vida, moral y acción, aparte del corazón de la masa, se convertiría en un escollo para el camino de las colectividades y en un enemigo de la fraternidad universal.

Dentro del pueblo, puede el hombre inteligente y de alta estatura espiritual, reconocer máculas en las leyes, pero —en ningún caso— debe trasgredirlas, porque tal movimiento de agresividad a la disciplina reinante, demolería no sólo las conciencias individuales, sino también a la majestad de la familia y, por ende, a la situación fundamental de los Estados.

Los cerebros concientes que se proponen dirigir y construir colectividades tienen su acción propia: laborar por el mejoramiento de estas leyes, en forma lenta, rítmica y conciente.

En resumen, de este concepto de ley, la vida nos entrega una norma:

—respetar la ley, es cooperar con Dios.

Bajo el domo de las leyes, la disciplina es la forma en que se aglutina un modo de acción a la idiosincracia del pueblo. La forma de disciplina nunca ha de ser presentada en el terreno de la im-

posición tiránica, ni tampoco, en el sentido de fuerza sobre flaqueza.

La disciplina debe ser diluida en un ritmo de comprensión, con el propósito de dar color y movimiento a conceptos que pueden eclosionar espontáneamente de los individuos, reconociendo —cada partícula— que la colectividad depende de ella.

Este tema de la disciplina casi nunca se trata en forma debida, porque hay miedo en proponerla de parte de dirigentes y educadores. Se le encamina en puntos de vista, la mayor de las veces, encontrados y no se cuida de fundamentar, hacer crecer y realizar una labor que debe compenetrarse, en todo momento, a la acción social.

El fundamento de la disciplina implica, para el individuo, un conocimiento absoluto de la responsabilidad del ciudadano, ya que la libertad individual debe entrar por la vía más ancha y profunda de la libertad colectiva, para que el pue-

blo integre en sí, la libertad del mundo y, mañana, del sistema planetario correspondiente, hasta el eclosionar en la vida cósmica. Así pues, la disciplina viene a ser el componente que se mezcla, a todos los componentes de acción, en el crisol de las purificaciones ascendentes.

Quién escriba un manual, aclarando el concepto de disciplina de los pueblos, realizará —sin duda— la más bella labor humana, atendiendo al hecho que, desde el infusorio a las estrellas, todo gira en disciplina que se arraiga dentro de la potencia del Creador. Y en este punto, la disciplina y el ritmo, entran a formar la verdadera púrpura real de la avanzada humana conquistadora del futuro.

4.—El gobernante,  
la acción cívica,  
los partidos políticos  
la burocracia,  
la sobriedad y  
la perseverancia en el poder.

La acción cívica, en los pueblos, debe cuidarse tanto o más que la instrucción y la educación, a fin de hacer entrar al ciudadano, con la conciencia plena y limpia, en su propio predio. Este predio del ciudadano es, en su fundamento, el pueblo; y el pueblo es la fragua en que se forja al gobernante.

Sí el pueblo se encontrara en debilidad de concepto, respecto de las condi-

ciones inherentes a un buen gobernante, éste no pasaría de ser uno de los gobernantes de antaño, cuya fuerza dependió siempre de la presencia o ausencia de individualidades bien preparadas.

La importancia de la educación cívica huelga ser explicada, ya que ello depende de la creación de un clima favorable o adverso al progreso de la labor humana. Y estamos en el momento adecuado para educar la partícula social en colectividades.

Ni las conferencias, ni los artículos de prensa, ni la propaganda radiotelefónica o de televisión, o de cualquier otro medio, tendrán importancia, si no se realiza, previamente, un programa orientado sobre el problema total de la actividad social y política de cada país. Lo que un país precisa no es, en ningún caso, lo que otro necesita, en el mismo compás del tiempo. De modo que el dirigente habrá de extender un nivel flexible a los acontecimientos y a los motivos de sepa-

ratividad, que engendran los senderos políticos de cada nación.

La creación del gobernante estará en la nacencia de un aspecto diferente al de la vida pasada. El gobernante ha de serlo únicamente por su capacidad de conocimiento y, en ningún caso, por sus posibilidades económicas, ni por su calidad social.

El hombre de ayer hizo crisis en su acción de casta o potencia bancaria. El hombre de hoy, en alcance al de mañana, deberá abrir su jornada en las más diferentes condiciones sociales, para que el gobernante esté capacitado en la formación honrada y justa de unidad de hombres y no de títeres.

La elección de gobernante debe ser motivo esencial en la educación cívica de los pueblos, para formar, en los diversos grupos políticos, una tendencia a la unión de todas las opiniones, para hacer primar en un solo designio: la elec-

ción del más idóneo, fuere cual fuere su partido político o su posición social.

La acción cívica, realizada a conciencia, pasa a convertirse en una taumaturgia social: el pueblo ciego, tornado en vidente; la masa densa, clarificada en comprensión. De esta suerte, los gobernantes serán consagrados sobre el escalpel de los deberes populares y en el trono de potencia de la defensa, que los pueblos entregan para la satisfacción de las necesidades individuales, familiares y colectivas. Así terminará el instrumental mohoso de las épocas pasadas, porque el ciego utilizado como masa negada, entraría a ocupar su sitio, en la responsabilidad naciente de la conciencia colectiva.

El pueblo tiene sus deberes y el gobernante los suyos. Estas dos acciones, llevadas a un equilibrio de justicia, darán fuerzas al pueblo para elevar su acción y, al gobernante, para merecer el respeto y consideración de quienes pusieron en sus

manos la misión de gobernar. Y gobernar es crear armonía en los bandos opuestos y dar luz en las tinieblas de la ignorancia, que se levanta agresiva contra el ideal.

Si esta consolidación de deberes no se ajusta al espíritu mismo de la justicia, será ultimada por el aumento violento de las necesidades. Cuando el hombre es un rey, el gobernante debe ser un padre. Hermano y no compañero. En este punto hay un gran espacio de acción para meditar en el enorme matiz de los detalles.

La politiquería debe ser fruto prohibido para el gobernante integérrimo ya que la preocupación de tales cubilites, lo hacen injusto e incomprensivo para las masas. Para tener, el gobernante, una responsabilidad bien delimitada, no deberá jamás dejar de ser "el mejor de los jueces".

El gobernante precisa responder al interrogatorio colectivo que, en su idioma elemental ignora las complicaciones re-

tóricas del artificio. Estas respuestas, simples —como una gota de agua cristalina— suplirán el Dédalo de las funciones con que, ciertos gobiernos, anulan los mejores anhelos de los pueblos.

Gobernar es asumir una actitud definida de amor y justicia, para que el mandatario trace su personalidad, iluminada por la intuición pura, en una i punteada por la estrella de la redención.

Como no es posible, en la época actual exterminar el hábito de los partidos políticos, se deberá seguir respetándolos, sin discriminación de ideología, hasta el momento en que la unión de todos, realice la fuerza por excelencia, que salve al pueblo de las malas administraciones, con la presencia de un hombre capaz, a la cabeza del progreso de los grupos.

El sistema futuro del gobernante tendrá que pasar por una transición evolutiva, en que la democracia logre florecer en masas purificadas y capaces de sentir, en colectividad, la potencia de un so-

lo individuo, en comprensión y acción pura. Esta democracia irá desvistiendo sus ropas del pasado, dentro de conceptos más adecuados a la época.

Los programas de gobierno han hecho crisis por la impotencia del gobernante para mantenerlos en acción. El estudio honrado de los rumbos está en no exagerar la potencialidad de las labores que no podrán realizarse, como un cumplimiento de promesas, porque los elementos suelen no corresponder a la intención o, más bien dicho, al propósito. Prometer poco vale más que no cumplir lo ofrecido.

El equilibrio en los rumbos resultaría imposible si el mandante permaneciera unguado a los partidos políticos. El eclecticismo del gobierno significa, de hecho, libertad en la acción y esto es, precisamente, lo que se requiere para que la actividad gubernamental no encuentre trabas en el ejercicio de sus funciones.

La acción equilibrada de un gobernan-

te tiene su punto inicial en la sabia selección de sus cooperadores y, en la independencia absoluta para elegir a su alrededor, en libre ejercicio de criterio, bien orientado, a los funcionarios profesionales, que comprendan las materias a que habrán de dedicarse en el gobierno. Así pues las especialidades serían utilizadas con fruto, ya que no se puede pedir a un profano en una ciencia, el desempeño de aquello que no ha tenido oportunidad de estudiar previamente. Este problema sólo quedará solucionado integralmente cuando los gobiernos no tengan que estar regidos por las imposiciones de los asambleístas políticos. De la misma manera necesitan abandonar cualquiera actividad política aquellos cuerpos que tienen responsabilidad en la defensa interna o externa del país, a fin de no crear problemas revolucionarios en la vida de las colectividades.

No es fácil que un gobernante supeditado por luchas políticas, por compleji-

dades burocráticas y por injusticias, provocadas por el interés, pueda manifestar el patrón de vida que requiere la felicidad de un pueblo. Mucho menos, podría ser tocado en gracia por la intuición, aquél que se siente aposentado en la nube densa de la vida sensual. Ser mandatario obliga. La autoridad deja de serlo cuando los pueblos la encuentran confundida en las bajas pasiones. Intuir es acción reservada a quienes viven la vida para administrarla y no levantan, tras de sí, la polvareda de las vanidades humanas.

Y cuando se comprenda que hay conveniencia en aislar el poder en ejercicio de las complicaciones de ideologías adversarias, la vida de los pueblos podrá encender la fe en su camino futuro. El poder del mandato está justamente en el sentido de servicio que, recíprocamente, vinculan al mandatario con el pueblo; a las asambleas, con el espíritu de las leyes.

La democracia, unida a la disciplina, respeto a las leyes y armonía de ideales, necesitará de la fuerza suprema de un gobernante inteligente que, sin abandonar su vínculo sagrado con el pueblo, sepa a la vez fundamentar, en ese respeto a la opinión total, la energía de su propia conciencia, cuando hubiere necesidad de aplicarla para mantener el orden e integridad de la masa toda. El concepto de tiranía necesitará ser evacuado, para dar menos cauces a la aplicación directiva de los mandatarios. Y será un triunfo ver aparecer, en la administración mandante o dirigente, un juicio recto para aplicar premios y castigos, conforme a la más estricta justicia. Mandar no es tiranizar. Fraternalizar no es abandonar la insignia de poder, sino más bien, darle relieve en el sentir del pueblo.

Hay un punto oscuro en la acción que se vislumbra para el porvenir y éste corresponde al flajelo del odio entre naciones, al desprecio por alguna raza y a la

agresividad contra determinados cultos. El mundo está pletórico de esa enfermedad demoledora. El gobernante para llegar a ser un salvador de su pueblo, tendrá que esparcir la simiente de la paz, no como un sensiblería política, sino como un campo adecuado a la siembra de las más altas posibilidades. Las relaciones internacionales, basadas en la mentira convencional, tendrán que ser reemplazadas por un intercambio sencillo entre países, de estudiantes y profesionales, capaces de dar y recibir, con ecuanimidad, climas sanos de vida, en colectividades de labor.

Del mismo modo que la burocracia ha ido creciendo, en forma enfermiza, deberá reducir sus ampulósidades, en obsequio a la salud pública. Aquél que necesita, para ser gobernante, de un mundo burocrático de complicados giros, manifiesta de hecho su incompetencia como tal. Si no responde a la simplicidad



que exigen los tiempos, no merece ser gobernante.

Es necesario debilitar la burocracia hasta circunscribirla a la mayor simplicidad, para el mejor beneficio de la acción del gobierno. Se trata de buscar el retorno a la vida natural, para empujar al pueblo a las posibilidades no imaginadas aún por aquéllos que, todavía se alimentan exclusivamente del pasado.

Para evitar el arraigo de la burocracia que esquilma al pueblo, con su acción, pocas veces generosa y honesta, se precisará un nuevo método de programas que no impliquen únicamente promesas, sino que suscriban la intención profunda de cumplir sexenios de mandatos y que queden claramente reconocidos por los pueblos. De ese modo, el pueblo sobrio tendrá mandatarios sobrios y la vida detendrá su curso artificial intoxicado por la fuerza demoleadora de lo falso y deshonesto.

Muchas veces el mandatario sobrio, al

sentirse mezclado a su pueblo, recibirá los mejores aspectos que la vida le ofrezca para la realización de su improbable tarea. El que no ponga su oído en el corazón del pueblo, nunca tendrá el recurso justo para defenderlo. El que gobierna como un déspota, sólo cosechará la tortura del odio. El que, como un vaso cristalino, gobierne como un padre, podrá realizar amor y justicia en el alma de los pueblos que, en su subconciencia sólo anhelan eso: Paz para el trabajo, amor para la familia. Y la familia es el Estado.

El mayor progreso político que podría obtener rápidamente una sabia administración, sería la adquisición de una sobriedad bien equilibrada en el ejercicio del poder. El más grave defecto de los años pasados, residió en el nudo inextricable que los gobernantes procuraron, inúltimamente, desenvolver frente a la vida heterogénea en que deben desarrollarse los problemas gubernativos. Poner claridad, en este problema de dirigir pue-

blos, será la primera medida para arrancar la maleza libertina en la acción directiva. El concepto de sobriedad crecerá en los pueblos que tengan la fortuna de aislar la política del gobierno.

En cualquier sistema de gobierno, en que el poder se ubique —individual o colectivamente, en gobernantes, asambleas o parlamentos— la sobriedad logrará aclarar y poner reciedumbre en las conclusiones del mandato y en las leyes, que habrán de enmarcar, en su aplicación, el nuevo “modus vivendi” de las naciones. Retrocendiendo al pasado, encontraremos en la Historia, esta energía de sobriedad, como primer elemento de potencia. Naturalmente la continuidad de esta acción no es cuestión de breve plazo, ya que para introducir una nueva modalidad en las masas se requiere un largo proceso a realizar, sobre tres o cuatro generaciones, período muy escaso, si se atiende al resultado de este anhelo,

que se mece en el subconsciente de gobernados y gobernantes.

La sobriedad en el mandato será, pues, la revelación del porvenir: el concepto justo que, desdeñando como dañinas las excrescencias de la riqueza inútil, pone su cuadro de perfección, en el equilibrio de la manifestación social. En estas condiciones, los pueblos cruelmente azotados por las guerras de odios y de ideologías, renacerán con facilidad a los hábitos morigerados y discretos, en la posesión de la riqueza. De tal suerte que, el abuso suntuario, llegaría a descalificarse en la misma medida de antítesis en que se ha calificado el gesto despectivo, frente a la sencillez de los “pobres”. Una moderna modalidad arrastraría, entonces, a las colectividades hacia una nueva forma de contemplar la vida, como un campo en que la serenidad y el trabajo, constituyen el verdadero capital humano.

Dentro de la sobriedad, que la autori-

dad precisa para hacerse respetar, se encuentra —en primer término— el esfuerzo para dar carácter adecuado a la futura necesidad humana dentro de la vida social:

—la supresión del lujo, insolencia inaceptable frente a la miseria;

—la supresión del juego de azar, lícito o ilícito, medio tachable de amontonar caudales en el ocio, cuyo reverso provoca ruina en los infortunados;

—la supresión de las herencias cuantiosas, que sólo benefician a una familia, en detrimento de la colectividad, y

—la limitación de las granjerías de unos pocos, frente a las posibilidades fracasadas de muchos.

Con la sobriedad de ese mandato, ubicado en una cumbre de ideales humanos, las colectividades levantarían —en tiempo no lejano— el Templo a la Vida pura y perfecta. ¿Qué mejor preparación para el paso victorioso de las futuras generaciones? Los hombres de mayor valía que

han ocupado el poder, con fruto óptimo de acción, no han sido nunca aquéllos que se han dejado apresar por la mollicie.

El mayor veneno de las juventudes está en el libertinaje del vicio ocioso y del lujo, que provoca odios de clases. Cuando los niños se eduquen en el conocimiento profundo de la sobriedad, empezarán a comprender los pueblos que el hombre es más fuerte, mientras no se deja aprisionar por las pasiones funestas y no cae al abismo sensual de una confortabilidad egoísta. Siempre el hombre más sobrio es más viril. La mujer modesta, es más mujer. Si el gobernante, en su calidad de juez supremo de un pueblo, lograra avocarse al problema doloroso de la prostitución, conseguiría libertar al Mundo de la más ignominiosa de sus taras morales, liberando así a la mujer, que es calificada como mercancia, siendo en verdad, la guardadora sagrada de la especie. Los atentados con-

tra la salud humana, como el alcohol y los estupefacientes, no caben en un mandato en que se respete debidamente la sobriedad como norma de vida. Si bien es cierto que estas refacciones en el edificio social actual, no pueden realizarse de modo inmediato, los mandantarios que no trabajen solamente para el presente, deberán incluir, honradamente, en sus programas, el mayor esfuerzo para libertar a los pueblos de la iniquidad, que se complace en manifestar, cínicamente, el gesto depravado de la Celestina. La realización de estos programas de vida sería utópica, si no se ajustara a una obligación total, compartida por la autoridad y el ciudadano, en cumplimiento disciplinario de su comprensión.

No hay que olvidar que la sobriedad es clave de una vida mejor. Cuando se manifiesta en los pueblos, la abundancia sonríe y la economía toda adquiere la fuerza de un advenimiento que planta y cosecha, en el ritmo equilibrado del ele-

mento vital. Sobriedad es orden y riqueza.

Los pueblos, debidamente preparados desde su infancia, para mirar la vida conforme a un plan sobrio y honesto, habituados a comprender la inutilidad de la mentira y la falsedad de la exageración, se sentirán más fuertes y capaces, para integrar la individualidad de países que, en ronda de anhelos justos, realicen el equilibrio indispensable al ritmo en acción.

Cada problema tiene su hora y debe contener un principio de impulso y una finalidad de hecho realizado. La perseverancia es sabiduría que contiene en sí las líneas oscilantes o definitivas, torcidas o derechas, que laboran, al correr del tiempo, los resultados que la evolución requiere. Abandonar u olvidar un problema es derrota y sombra sobre la faz del mandato. Esta línea de perseverancia no impide el trazo de nuevas líneas, pero reclama la finalidad de todos

los esfuerzos iniciales. Cualquiera que sea la delineación del plan a realizar, debe llevar sus rumbos hacia la línea definitiva, que implica en sí, el ritmo de un continente unido. La fuerza y el poder de esta intención, que une las tierras y encauza, en sí, una nueva colectividad humana, constituye un círculo de necesidad que abrigue en su seno, la nueva florescencia del espíritu del hombre: la defensa de la vida limpia y la decisión de construir una recia fortaleza para el tiempo venidero. El "modus operandi" que requiere este programa, tan ajeno a los hábitos pasados y presentes, sería materia de congresos y de fraternidad entre los pueblos, siendo su nudo de unión, la conquista de un Nuevo Mundo.

Seguir el ritmo con perseverancia es, sin duda, el primer gesto del hombre americano que, cansado de las fallas gubernamentales y populares, arroja lo caído para poner en su sitio una nueva

semilla, cultivada en la conciencia unida de las masas americanas. En este punto de la acción que, para serlo de verdad, deberá curarse en perseverancia, vendrán nuevas formas a reemplazar los prejuicios y las ideas inadaptables a este momento histórico. Los congresos del pasado habrán de convertirse, en el futuro, en familias de acción técnica y gubernamental, en las que tomarán su sitio, únicamente los ciudadanos que comprueben, con los hechos, una intención pura en la administración de las funciones de la vida. El ritmo inicial está advenido y palpita, en gestación indecisa, en los cerebros de todo el Continente. El enemigo, por excelencia, de esta labor humana es el miedo.

## **5.—Conclusión:**

**¡todo en unidad de acción!**

Estas ideas llevan, en sí, el propósito definido de encontrar, en cada colectividad, un eslabón de la cadena universal, dejando abiertos los límites al ascenso eterno del progreso, hasta sentir la influencia de las grandes corrientes espirituales, en sus predios de vida.

Sobre la línea unitiva de América, vibran civilizaciones sabias del pasado. El presente entrega sus manos a la labor. El pasado vacía su experiencia en el crisol de las transformaciones y el porvenir enciende su fe en el ala de la libertad.

La vida es noble cuando en nobleza se aposenta.

La vida es grata cuando está remunerada honestamente en la acción.

La vida es generosa, cuando el sacrificio la abona.

Y ningún sacrificio debe ser omitido.

Estamos en el meridiano de una renovación:

**TODOS EN UNIDAD DE ACCION!!!**

Santiago (Chile), Septiembre 18 de 1964

## INDICE

Fe en unidad de la Vida e inmortalidad del espíritu .....	5
Instrucción para el hombre nuevo .....	9
Respeto a la ley y disciplina en el hombre nuevo .....	15
El gobernante, la acción cívica, los partidos políticos, la burocracia, la sobriedad y la perseverancia en el poder .....	21
Conclusión: <b>TODOS EN UNIDAD DE ACCION</b> .....	43

Esta única edición consta de doscientos  
ejemplares numerados del 1 al 200 y  
de cincuenta especiales de I a  
L, fuera de comercio.

Al presente ejemplar le corresponde  
el número XVII

*Caro  
Luis J.*



